

Laberintos y Transfiguraciones

SIGIFREDO BURNEO

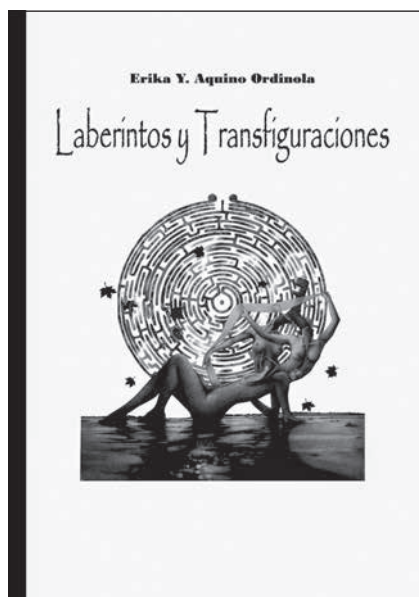
El poemario *Laberintos y Transfiguraciones* de Erika Aquino (Piura, 1988), plantea un acercamiento a los temas de la angustia y la soledad en un ámbito ciudadano cargado de sombras misteriosas y aterradoras. La poeta nos dice: «La calle es una sombra hambrienta» (p. 15).

Se trata de una poesía de alta calidad formal que marca distancia con los simples y superficiales ejercicios literarios, pues muestra logros convincentes en la construcción rítmica, la sugerencia de imágenes visuales y la densidad del plano semántico.

El libro se compone de seis laberintos y treinta transfiguraciones que cuestionan la rutina conformista. Es una poesía que recuerda las páginas tormentosas de *Los Cantos de Maldoror*, del Conde de Lautréamont, libro maldecido por los ignaros debido a su imposibilidad de comprenderlo. «En mi cabeza están naciendo hidras / ¿A quién cobijas sino a un pedazo de color estéril? / Soy un tentáculo abrazándote las piernas» (p. 16).

El poemario plantea un trabajo voraz por la construcción de imágenes. El yo poético pretende capturar y transmitir sensaciones materiales y metafísicas: «estos abismos en donde voy armando figuras / hasta deshacerlas / en mi polvo infame» (p. 26); es una especie de conjunción idealizada que nunca satisface plenamente y es necesario replantear la persecución estética. En ese sentido, esta poesía no se consuela con los planteamientos postmodernos, sino que se aventura por los vericuetos de la indagación filosófica interesada en resolver el gran problema ontológico, y apuesta preferentemente por la justificación sexual de la existencia; pero sin llegar a una plenitud seráfica, sino al abismo de nuevas dudas, vacilaciones y perturbaciones: «tu sexo es una herida humillante / sangrando en los rincones de la ciudad» (p. 41). El trabajo se desarrolla sobre la base de planteamientos que generan contradicciones, poniéndose así a salvo de cualquier tentación absolutista o terminal. El reto consiste en desplegar argucias que jamás terminan; precisamente porque llegar a conclusiones irrefutables significaría el fin de la necesidad de pensar, acto que solo puede legitimarse en la íntima comunión consigo mismo: «La soledad es un desorden genético más» (p. 49).

La construcción poética no desprecia el elemento rítmico, que es variable según las partes del libro, pero que siempre está



Laberintos y Transfiguraciones

Erika Aquino
Luna Negra Editores
Lima, 2014
64 pp.

presente y nos muestra versos eufónicos de ritmo clásico: «¿Por qué no tejemos en la multitud / las siluetas muertas de nuestros cuerpos / o la convulsión armónica de las esporas / en los tejados de la ciudad?» (p. 17) o arroja marejadas verbales que golpean al lector: «Yo, criatura amarga de la desesperación, ¿cómo iban a ser mis palabras serenas criaturas entregándose a una laxitud desesperante?» (p. 59). La música fluye e imita la sucesión de oleajes pacíficos a embates incontenibles.

Lo expuesto permite una primera conclusión acerca del tejido textual: hay *phanopeia*, *logopeia* y *melopeia*. Tres características que, según Ezra Pound, perfilan una poesía de calidad. Pero, obviamente, la poesía no es solo destreza técnica; sino que se relaciona semánticamente con los temas de la condición humana. La poesía hurga en los misteriosos recovecos de la intimidad biológica y psicológica, especula, afirma, niega o sugiere diversas posibilidades. El camino es una tortuosa vacilación permanente, donde no hay lugar ni tiempo para infatuaciones; porque la gran tarea poética es una autoindagación que no parte de certezas

sino de dudas: «¿Es la tierra la madre de los muertos? ¿Es la urbe esa criatura inefable que sostiene el amor de sus proles?» (p. 58). A partir de esta premisa se puede releer el título del libro.

Construir laberintos es una tarea borgesiana, si nos atenemos a la tradición literaria occidental del siglo XX; pero hay que señalar una atingencia: los laberintos de Borges son claros, limpios, asépticos. En ellos no cabe otra sorpresa que no sea la nítida y perfecta estratagema intelectual; mientras que en la poesía de Aquino los laberintos son de naturaleza aberrante, edificados para sumir a los incautos en el caos y la desesperación metafísica antes que en la perplejidad del trazo infinito.

Los laberintos verbales de Aquino confunden y atormentan al lector pacífico y al burgués rutinario porque en ellos soplan vendavales temáticos que derrumban muchos de los estereotipos y paradigmas con que pretende justificarse el mundo postmoderno. Mientras que la alusión a las transfiguraciones remite a la mitología judeo-cristiana, escenario de sacrificio y dolor, con sangre, decepción y masoquismo; pero, también, alude a la posibilidad del cambio, a la transformación de un ser en otro, a la eclosión liberadora que abre mundos nuevos y amplía el horizonte cultural, tanto de quien escribe poesía como de quien la lee. *Laberintos y Transfiguraciones* resulta, entonces, un título coherente con el contenido del poemario y sus intenciones.

De esta manera el libro explora el análisis del tiempo como una dimensión misteriosa, que oscila en el destino humano, el cual es imposible de asir porque constituye un arcano inalcanzable: «El tiempo ha caído al mar» (p. 16). Luego, la autora propone el tema amoroso como el anhelo de alcanzar la seguridad para así afianzar la existencia, pero que se consume en el fuego de su propia pasión y conduce a la soledad o a la muerte: «Mi desenfreno de muchacha deshabitada / no es más que una urgencia / de golpear a la muerte» (p. 25). Por último, la imagen de la ciudad como un escenario sombrío bajo la lluvia eterna, de la cual no se puede huir, sugiere un estado de impotencia individual frente a una dinámica social que genera rechazo y fascinación: «Una ciudad me mira / se desbordan las pasiones / y de mi cabeza salen pájaros fulminantes» (p. 32). Poesía demoledora a la que hay que acercarse con cautela.